

fue reducido incluso oficialmente, designándolo con el eufemismo de «situación de dependencia», que luego se difundiría ampliamente... Inmutablemente regidas por el latifundio, salvo en contados casos de excepción, las estructuras agrarias trasladaban además su excedente de población a las urbes, y éstas, dominadas por las industrias «dinámicas» de propiedad extranjera, no hacían más que sumar al excedente rural el suyo propio. La desocupación, la subocupación y el empleo disfrazado tornábase, pues, visibles, bajo la forma de «villas miserias», «favelas», «callampas», «ciudades perdidas» y «pueblos jóvenes»... Los indicadores de subdesarrollo, que cada quien manejaba ya profusamente, revelaban por su parte verdaderos records de desnutrición, analfabetismo, mortalidad infantil, morbilidad, déficit de viviendas, etc. El panorama no era ciertamente halagador, e incluso las burguesías local e imperial empezaron a inquietarse, sobre todo porque la lucha de clases había dado entre tanto un salto cualitativo con la primera revolución socialista en América ²².

Con la Revolución Cubana (1959) se expresaba la respuesta más objetiva para superar la situación de desnacionalización arriba señalada, así como la eliminación radical de ciertas formas de dominación (dictaduras o democracias restringidas). El legado más significativo de la experiencia cubana fue que contribuyó a acelerar el crecimiento de una conciencia nacional y social anti-imperialista, incrementando la movilización política de las masas asalariadas o marginadas de las urbes y de los sectores rurales. También provocó una contradicción ideológica en considerables capas medias, pequeña burguesía intelectual y artistas, como expresión de la crisis del período y como búsqueda de respuestas ²³.

Enmarcada en esa situación global latinoamericana, como dentro de otros sucesos que se desprendían de las contradicciones de la década, se observaba una intensa lucha de clase chilena que comienza a alcanzar su más alto nivel de desarrollo desde

²² AGUSTÍN CUEVA: *El desarrollo del capitalismo...*, op. cit., págs. 199-200.

²³ Como se sabe, las reacciones a la Revolución Cubana por parte de los Estados Unidos no demoraron demasiado. Frente al temor que proliferaran en el continente experiencias similares, el Gobierno estadounidense adoptó dos políticas contrarrevolucionarias en el estricto sentido del término para contrarrestar una nueva amenaza revolucionaria. La primera fue represiva y relativamente discreta —la invasión a Bahía Cochinos en 1961—, la otra de carácter reformista, resaltada por la gran campaña de publicidad de la Alianza para el Progreso (1961). Ambas fueron formas que asumía la nueva guerra fría que empleó la Administración Kennedy para amedrentar posibles movimientos parecidos al cubano (a ello hay que agregar la formación de los Cuerpos de Paz, creados por esa misma Administración y bajo la misma filosofía de la Alianza). La Alianza correspondía a la tesis desarrollista, es decir, «una perspectiva global de análisis de que en América Latina sí puede haber desarrollo, a condición de ciertas reformas (agraria, tributaria, administrativa, etcétera) y ciertas negociaciones (de los términos de intercambio internacional sobre todo...) una perspectiva global de análisis al proyectar sus ilusiones ideológicas e imaginar que el desarrollo del capitalismo podía dar como resultado una mejor distribución de la propiedad, del ingreso y del poder» (AGUSTÍN CUEVA: «El desarrollo de nuestras ciencias...», op. cit., pág. 70). Fue ésta la política que asumió el Gobierno de Eduardo Frei en Chile (1964-1970), recibiendo la mayor ayuda económica de la Alianza a cambio de introducir reformas en la estructura social-económica (educacional, agraria, universitaria). La ayuda se canalizó también a desmovilizar el movimiento popular chileno, a través de una intensa campaña anticomunista que ya había comenzado con el gobierno previo (1958-1964). Véase, RICHARD G. PARKER: «Imperialismo y organización obrera en América Latina», *Cuadernos políticos*, 26, 1980, págs. 37-50. Respecto de la política norteamericana con posterioridad a la Revolución Cubana, consúltese: ADOLF A. BERLE, JR: *The Cold War in Latin America*, The Brien MacMahon Lectures, The University of Connecticut, october 23, 1961. En cuanto a la campaña anticomunista durante el período de Alessandri y Frei, véase: MILES D. WOLPIN: «La influencia internacional de la Revolución Cubana: Chile 1958-1970», *Foro Internacional*, 4, 1972.

mediados de los sesenta hasta 1973²⁴. Este sustancial incremento, el que iría a ser factor esencial del triunfo en 1970 de la Unidad Popular, había sido también un prolongado proceso de esfuerzo y concientización, vigorización y combatividad, cuyos orígenes hay que ubicar desde los comienzos del siglo XX²⁵. Aun cuando la movilización política de los sectores populares mostraba una previa y larga combatividad con altos y bajos, los sectores intermedios, en cambio, por sus propias características históricas, señalaban una integración mucho más contradictoria y diversificada. Estos sectores intermedios, integrados por empleados, pequeña burguesía comercial o agraria, intelectuales o artistas, los que habían aumentado en proporción y participación relativa a causa del proceso de industrialización, van a ser afectados tanto por el proceso de transnacionalización posterior, como por su reverso: la marginalidad. Por la propia heterogeneidad de las capas medias, la integración de éstas a la creciente movilización política no podía ocurrir ni de manera homogénea ni espontáneamente. Los variados sectores de los grupos intermedios respondían diversamente, según fuera su distinta ubicación dentro de la estructura económica o ideológica chilena. Hubo, pues, sectores notoriamente integrados al «modernismo industrial» y otros que permanecieron marginados de los beneficios, las posibilidades y las decisiones²⁶.

A partir de los años veinte y hasta los cincuenta, los sectores medios chilenos habían encontrado en las distintas funciones del aparato del Estado su principal medio

²⁴ Esos otros sucesos fueron los siguientes: *Primero*, el desarrollo de una Nueva Izquierda que emerge de la crisis del campo socialista (el conflicto chino-soviético, la polémica de la Revolución Cultural China y la invasión soviética a Checoslovaquia); de la propia guerra de Vietnam y de los movimientos juveniles estudiantiles norteamericanos y europeos. La síntesis ideológica la componían varios segmentos filosóficos: el movimiento beatnik de los 50, el budismo Zen, el existencialismo, el surrealismo, el psicoanálisis y el marxismo. Con ellos se enfrentaron al tecnocratismo de las economías consumistas, la ultraderecha y los partidos comunistas. Estos últimos fueron catalogados de burocráticos y sin alternativa revolucionaria. En Chile sería el MIR el ejemplo más notorio de lo anterior. Véase, HERNÁN VIDAL: «Julio Cortázar y la Nueva Izquierda», *Idologies and Literatures*, 7, 1978, pág. 48. También, AGUSTÍN CUEVA: «Dialéctica del proceso chileno: 1969-1973», *op. cit.*, pág. 123. *Segundo*, las radicalizadas posturas de sectores de la Iglesia latinoamericana, estimuladas por el carácter progresista, pero no menos desarrollista, de la Conferencia Episcopal de Medellín (1968). Estas irían a tener un impacto bastante significativo dentro de los sectores católicos más jóvenes. «En la etapa del 68 al 72, en los órganos eclesiales jerárquicos, la Teoría de la Liberación, que es la expresión teológica de la teoría de la dependencia y de cierta reflexión marxista en América Latina, comprometida con los grupos populares, se hace ideología preponderante y hegemónica dentro de los órganos más activos de la Iglesia, hasta 1972». Véase, ENRIQUE DUSSEL et al.: *Iglesia y Estado en América Latina. Crisis de la Iglesia Católica, junio-septiembre 1968*, Cidoc Dossier, núm. 24, México, 1969. *Tercero*, el desarrollo del foco guerrillero que comenzó con posterioridad a la Revolución Cubana y culmina con la muerte del Che Guevara en Bolivia (1967). El saldo positivo de los movimientos guerrilleros, por un lado, fue entender las diferentes características históricas y políticas que distancian a los pueblos de América Latina y, por otro, la radicalización de la pequeña burguesía porque permitió visualizar entre éstos a qué clase realmente le correspondería la dirección de la revolución en Latinoamérica. Véase, JOSÉ LUIS ALCAZAR: «Bolivia, el Che y el foco guerrillero», *Cuadernos de Marcha*, núm. 3, septiembre-octubre, 1979, pág. 66.

²⁵ Véase, ATILIO BORÓN: «Notas sobre las raíces histórico-estructurales de la movilización política en Chile», *Foro Internacional*, núm. 1, 1975, págs. 64-121.

²⁶ ARMAND MATTELART y MANUEL GARRETÓN: *Integración nacional y marginalidad*, ICIRA, Chile, 1969, págs. 161-163.